



*Los sagrados Desposorios de san José y María Santísima; el misterio de la Encarnacion del Verbo divino, y los celos del glorioso Patriarca.*

A unos Desposorios castos  
 convida la Iglesia, amigos,  
 los desposados son santos;  
 vamos, seremos testigos.  
 El desposado es José,  
 que grande dicha ha tenido,  
 pues se casó con María,  
 hija de Joaquin su tío.  
 Tiene la novia mil gracias,  
 de quince años no cumplidos;  
 José tiene treinta y tres,  
 hermoso y bien entendido;  
 y para no estar ocioso,  
 de carpintero es su oficio.

De reyes y patriarcas  
 que ambos descenden es hijo,  
 pues lo dejó san Mateo  
 en un Evangelio escrito.  
 Se crió aquesta Doncella  
 en el templo con retiro;  
 para mas servir á Dios  
 voto de castidad hizo;  
 y á los doce años José  
 tambien hizo el voto mismo.  
 El modo que se ordenó  
 desposorio tan divino,  
 fue, que en el templo asistia  
 un Sacerdote benigno

que era el santo Simeon,  
que á Dios rogaba continuo,  
le deje ver con sus ojos  
en carne al Verbo divino.  
Se lo concedió el Señor,  
llevando la Madre al Niño  
á presentarlo en el templo,  
él fue quien lo ha recibido,  
y lo presentó en sus brazos  
á su Padre en sacrificio.  
A este santo Sacerdote  
el cielo le dió un aviso  
que á María de Nazaret  
se le buscasse marido;  
y á la dichosa Doncella  
se le dió este anuncio mismo.  
Respondió muy resignada:  
Señor y Criador mio,  
aquí está esta criatura  
rendida á vuestros juicios:  
bien sabeis, Dios y Señor,  
siempre mi deseo ha sido  
conservarme en castidad.  
El Señor la ha respondido:  
yo os daré un esposo casto,  
ya lo tengo prevenido.  
Fiada en esta palabra  
el sí dió, y dieron aviso  
á toda la parentela,  
que en aquel tiempo era estilo  
el casarse con parientes,  
que habia Dios prometido,  
que de aquel claro linage  
vendria el Verbo divino.  
Era esta Doncella hermosa,  
y sus padres bien nacidos,  
era virtuosa y santa;  
y por aquestos motivos  
cuantos mancebos habia  
de aquel linage, han venido,  
cada uno deseando  
la dicha de ser su marido:  
con ellos vino José,  
aunque con otro designio.  
Juntos todos en el templo,  
una voz del cielo vino,  
que con varas en las manos  
hagan oracion contritosas:

sola entre todas, la vara  
de José ha florecido;  
y aqui todos conocieron,  
era José escogido  
para esposo de María,  
que luego al instante vino  
mas bella que un serafin;  
su esposo la ha recibido.  
Cortesés se despidieron  
del Sacerdote y ministros;  
de Jerusalem salieron,  
prosiguiendo su camino  
á Nazaret, que es su patria,  
donde son bien recibidos  
de vecinos y parientes.  
Pusieron su domicilio,  
componiéndose su casa  
de tres cuartos divididos,  
en uno puso José  
sus herramientas y oficio;  
en otro se recogia  
para el descanso preciso;  
y en otro cuarto María  
tenia sus ejercicios.  
En aquel tiempo se usaba,  
y estaba puesto en estilo  
no juntarse los casados  
hasta haber reconocido,  
si cuadran los naturales  
de la muger y el marido.  
En uno de aquestos dias  
José á su esposa dijo:  
Esposa, se ofrece algo  
que haga en vuestro servicio?  
Respondió, nada me falta;  
solo quisiera deciros  
un secreto que en mi pecho  
siempre he tenido escondido,  
y esto fue desde pequeña;  
siempre deseo he tenido  
conservarme en castidad,  
hice voto, y os suplico,  
me ayudeis á conservarlo.  
José dijo enternecido:  
ó esposa del alma mia!  
yo he hecho ese voto mismo;  
demos mil gracias á Dios  
por tan grande beneficio,

Quedaron los dos esposos  
de amor de Dios encendidos,  
la Virgen en su oracion,  
José vuelto á su ejercicio.  
La Virgen le dijo un dia:  
bien sabeis, esposo mio,  
lo corta que es nuestra hacienda;  
y asi, señor, os suplico  
la repartais en tres partes;  
una al templo en que he vivido  
la enviareis, porque sirva  
de Dios al culto divino;  
la otra repartireis  
entre los pobres mendigos;  
y reservareis la otra  
para el sustento preciso.  
Quedó admirado José,  
y á su esposa ha respondido:  
bendita sea quien tiene  
pensamientos tan divinos;  
haré lo que me ordenais,  
pues que siempre me es preciso,  
para haber de sustentaros,  
el ejercitar mi oficio.  
Estando un dia la Virgen  
ocupada en su retiro,  
leyendo las profecías,  
en que Isaias ha dicho:  
concebirá una doncella,  
parirá al Verbo divino;  
hincándose de rodillas  
de aquesta manera dijo:  
quién será aquesta doncella?  
quién la hubiera conocido  
para ponerme á sus pies,  
y acudir á su servicio!  
Diciendo aquestas palabras,  
vido entrar un Paraninfo,  
en la forma de un mancebo,  
dispuesto y bien parecido;  
trae diadema de oro,  
y un rozagante vestido,  
con una cruz en el pecho,  
engastada en oro fino;  
de ángeles acompañado,  
y con voz clara le dijo:  
Ave, llena sois de gracia,  
el Señor está contigo;

yo soy el ángel Gabriel  
que vengo del cielo empíreo  
á traerte una embajada  
que te envia el Rey divino.  
Sabed, que concebireis,  
y habeis de parir un hijo,  
que en la casa de Jacob  
reinará en eternos siglos.  
Quedó turbada la Virgen,  
y al ángel le ha respondido:  
si no conozco baron,  
ni nunca lo he conocido,  
cómo tengo de ser madre?  
El ángel la satisfizo:  
no hay cosa imposible á Dios,  
que el Espíritu divino  
vendrá sobre vos, Señora,  
y la virtud del Altísimo  
os tiene á vos de hacer sombra.  
Muy humilde ha respondido:  
Señor, aqui está la esclava  
rendida á vuestro servicio;  
cúmplase en mí tu palabra,  
altísimo Rey divino.  
Al pronunciar este *fiat*,  
el Espíritu divino  
de su purísima sangre  
formó un cuerpo pequenito,  
crió un alma muy perfecta,  
y la infundió en este Niño;  
bajó del seno del Padre  
el Verbo, y á sí lo ha unido.  
Quedó el vientre de María  
mas rico que el cielo empíreo.  
Diez mil ángeles custodios  
para su guarda han venido;  
y visitó á Isabel su prima.  
Luego que á su casa vino,  
reparó un dia José,  
que estaba el vientre crecido  
de su esposa; y asustado,  
decia consigo mismo:  
inmenso Dios de Israél,  
Señor, qué es esto que miro?  
mi esposa veo preñada;  
estoy dispierto ó dormido?  
Si los dos hicimos voto  
de castidad, y hemos sido

fieles en su cumplimiento;  
Señor, esto cómo ha sido?  
Pero que es lo que yo pienso?  
qué es, ay Dios! lo que imagino?  
Yo sospechas en María,  
no siendo tan puro y limpio  
el sol con sus claros rayos?  
aquí hay misterio escondido;  
si hay misterio, no lo sé,  
ni mi esposa me lo ha dicho.  
Quiero ausentarme y dejarla,  
y por no ser conocido,  
me retiraré á un desierto,  
con oracion y egercicios  
rogaré á Dios la defienda  
del mundo y sus enemigos.  
Mas si me voy sin María,  
qué bien llevaré conmigo?  
Cómo viviré sin ver  
aquellos ojos benignos,  
aquel hablar halagüeño,  
aquel rostro cristalino,  
aquella virtud oculta,  
aquel imán atractivo  
que llena mi corazon  
de pensamientos divinos?  
Y si yo la desamparo,  
quién la amparará, Dios mio?  
muchacha, pobre y sin padres:  
qué dolor tan excesivo!  
Pero todo pesa menos,  
que el ver en mi esposa un hijo,  
sin saber quien es su padre;  
de pensarlo estoy corrido.  
Es posible que María  
á mí, y á Dios haya sido  
infiel! no puedo creerlo:  
aquí se turba el sentido:  
me iré sin decirle nada.  
Recogió en un fardelillo  
su ropa, y algún dinero;  
y antes de tomar camino,  
se fue á descansar un rato;  
luego se quedó dormido.  
La Virgen que no ignoraba  
de san José los designios,  
se retiró á su oratorio,

postrada en el suelo dijo:  
dulce hijo de mi vida,  
no estará bien, hijo mio,  
vuestra Madre sin esposo,  
vos sin padre putativo.  
En esto entró san Gabriel  
donde estaba recogido  
el mas feliz entre esposos,  
y de esta suerte le dijo:  
despierta, José, levanta,  
pues tanta dicha has tenido,  
que el preñado de tu esposa  
es por misterio divino,  
que á salvar su pueblo viene  
el Mesías prometido;  
ponle por nombre Jesus.  
José quedó agradecido,  
dando mil gracias á Dios,  
por tan grande beneficio.  
Se fue al cuarto de su esposa,  
y de repente la vido  
en éstasis soberano,  
casi resplandor divino:  
y postrándose á sus pies,  
enternecido la dijo:  
ó esposa del alma mia!  
de dónde yo he merecido  
tener esposa tan santa,  
y ser padre putativo  
del mismo Hijo de Dios!  
Por vuestro Hijo os suplico,  
le pidas me dé su gracia,  
para acertar á serviros;  
y os ruego me perdoneis  
lo desatento que he sido.  
La Virgen le respondió:  
yo, señor, soy quien os pido  
perdon de no daros cuenta  
del sacramento escondido,  
aunque no estuyo en mi mano  
la licencia de decirlo.  
Con esto se sosegó  
su corazon afligido.  
Pidamos á esta Señora  
nos alcance de su Hijo,  
nos dé paz en esta vida,  
y que nos lleve al empíreo.